

Este relato ha sido enviado por cuatro hermanos residentes en Madrid. Su padre, gran aficionado a la historia, investigó durante muchos años la participación de sus antepasados en diversos acontecimientos históricos. Sobre la base de los datos obtenidos, redactó un conjunto de narraciones que describen como su familia estuvo involucrada en buena parte de los hechos políticos y campañas militares de la Guerra de la Independencia.

El grado de parentesco entre los protagonistas de las narraciones y los hermanos que las han remitido aparecen mediante notas a pie de página distribuidas a lo largo del texto, igualmente figuran la bibliografía y las referencias de los diferentes archivos consultados.

Pablo de la Puente en Astorga

Astorga fue ocupada el 1 de enero de 1809 por el ejército imperial, dirigido personalmente por Napoleón, durante la persecución de las fuerzas británicas de sir John Moore. Seis meses más tarde, los franceses abandonaron la ciudad como consecuencia de la amenaza que se cernía sobre Madrid por el avance de Arthur Wellesley y Gregorio García de la Cuesta sobre Talavera.

Enseguida, el ejército de la Izquierda, que mandaba el marqués de la Romana, entró en Astorga. A partir de entonces, su protección se encomendó al coronel Santocildes y a una reducida guarnición. Esta se encontraba alerta, en octubre de 1809, y logró abortar un audaz golpe de mano de los franceses. La tentativa de asalto fue un serio aviso para el alto mando español, que decidió reforzar Astorga, en los inicios de 1810, mediante un regimiento de infantería, un pelotón de quince húsares y un destacamento de cuarenta y cinco artilleros. De esta manera, las fuerzas allí destinadas alcanzaron la cifra de 2.800 hombres.

El capitán graduado Pablo de la Puente¹, que mandaba ese destacamento, fue designado comandante de artillería de la plaza. Para su defensa disponía de doce piezas, entre las que se encontraban un mortero, un obús y diez cañones. Por lo que se refiere a la munición, contaba solamente con bombas, metralla y pólvora para diez o doce días de combate.

El 11 de febrero de 1811 las viejas murallas de Astorga vieron presentarse ante ellas a 8.000 infantes, 1.000 jinetes y seis piezas de artillería a las órdenes del general Loison. Viendo que sus defensas eran poderosas y que Santocildes no estaba dispuesto a rendirse, se retiraron sobre la Bañeza. Lo mismo sucedió, dos semanas más tarde, cuando el general Clausel y otras unidades enemigas aparecieron delante de la ciudad.

Finalmente, el emperador Napoleón ordenó que su ejército de España atacara Astorga. El objetivo básico era preparar la conquista de Portugal por el mariscal Massena. Además, la posición estratégica de esa ciudad leonesa permitiría apoyar a las tropas imperiales de Asturias y amenazar la región gallega. En cumplimiento de lo anterior, Clausel se presentó nuevamente ante Astorga el 21 de marzo.

¹ Hermano del abuelo sexto Manuel de la Puente.

El ejército imperial seguía careciendo de la suficiente artillería para abrir brechas en las murallas, por ese motivo, los soldados de Clausel fueron avanzando de manera prudente sobre las posiciones españolas, teniendo lugar varias escaramuzas en los últimos días de marzo y primeros de abril. Aunque los defensores alcanzaron el éxito en alguna salida, que destruyó una parte de las trincheras enemigas, el balance de las operaciones se inclinó del lado imperial al ser ocupados los conventos de Santo Domingo y Santa Clara, ubicados en los arrabales. Además, los sitiadores consiguieron cortar el suministro de agua a la ciudad, que debió abastecerse, a partir de entonces, de los pozos existentes en su interior.

En la primera quincena de abril los imperiales continuaron su cauteloso avance hacia las murallas medievales. La situación cambió radicalmente el 17 de ese mes cuando se presentó el general Junot con poderosos refuerzos de infantería y 18 piezas de artillería pesada. A partir de entonces, 21.500 soldados de infantería y 5.000 jinetes rodearon la ciudad y su reducida guarnición.

En el amanecer del 18 de abril los sitiados observaron que los franceses habían construido una poderosa batería de artillería a doscientos metros de la muralla, en la zona de la Puerta de Hierro. Desde ese instante, los defensores conocieron cual era el lugar por el que los enemigos querían penetrar en la ciudad.

Santocildes ordenó a Pablo de la Puente que acumulase toda su artillería en aquella zona, concretamente en la Huerta del Obispo, para responder a la poderosa batería. Artilleros, soldados y paisanos trabajaron hasta la extenuación, en la noche del 18 al 19, para elevar el suelo de ese lugar unos cuatro metros. La ausencia de herramientas y materiales adecuados convirtió esa obra de ingeniería en una empresa especialmente penosa, pero era imprescindible que los cañones españoles se situaran en una posición más elevada para que sus disparos fueran eficaces. Mientras esto sucedía, los franceses no perdieron el tiempo y perfeccionaron su batería y construyeron otras tres.

Los 18 cañones de asedio, distribuidos en las cuatro baterías, iniciaron un poderoso bombardeo el 20 de abril. Pablo de la Puente y su destacamento de artilleros respondieron con firmeza desde la Huerta del Obispo, pero la escasez de pertrechos les obligó a disparar con menor intensidad.

La avalancha de proyectiles empezó a abrir una brecha entre los vetustos bloques de roca de la muralla, pero no logró destruir las piezas artilleras españolas, puesto que estaban protegidas por los edificios colindantes. A la vista de la preocupante situación, los soldados de Santocildes construyeron barricadas en la zona contigua a la muralla para impedir el acceso a las calles y plazas de la ciudad.

Al día siguiente, se reinició el bombardeo, incendiándose el techo de la Catedral y algunas casas. Además, la brecha llegó a alcanzar una anchura de 25 metros, reuniendo los requisitos necesarios para que la infantería pudiera cruzarla. Entonces, mientras algunas unidades francesas atacaban el arrabal para distraer a los defensores, dos

columnas de setecientos soldados escogidos se lanzaron valerosamente contra la brecha, recibiendo un terrible fuego de fusilería y artillería desde las posiciones españolas. A pesar de las cuantiosas pérdidas, lograron sobrepasar la muralla, más no consiguieron introducirse en el interior de la ciudad -la plaza de la catedral- porque para alcanzarlo hacía falta salvar un desnivel de unos seis metros. Por este motivo, se atrincheraron entre las piedras caídas sobre la brecha, detrás de sus muertos y las mochilas, soportando estoicamente el fuego que hacían los defensores desde las barricadas. Al llegar la oscuridad, los imperiales consiguieron establecer una comunicación con el interior de la plaza.

Los esfuerzos de la guarnición para repeler el asalto acabaron con las municiones de fusilería y cañón que había en la plaza. Por este motivo, y sabiendo que era imposible resistir sin armas a la mañana siguiente, Santocildes convocó un consejo de oficiales y planteó proponer al general Junot una rendición honrosa.

Al amanecer del día 22 se enarboló la bandera blanca en Astorga, iniciándose poco después las negociaciones. A las dos de la tarde, la guarnición salió de la ciudad, con las banderas desplegadas y batiendo los tambores, entregando las armas a cien pasos de la puerta. Los militares españoles quedaban prisioneros, pero los oficiales conservarían sus equipajes y los soldados las mochilas. Por su parte, el coronel Santocildes fue a entregar la espada a Junot, que se la devolvió caballerosamente, elogiando la defensa que había hecho de la ciudad.

En medio de este acto se produjo un acto heroico por parte de un sencillo cabo español. Lanzó al suelo su fusil y cogiendo un sable se abalanzó entre los enemigos. Mientras gritaba "*yo no capitulo*", dio sablazos a todos los que se pusieron a su alcance, hasta que cayó muerto por los disparos franceses. Las Cortes de Cádiz votaron una pensión para su familia, premiando un evidente ejemplo de valor y amor a la patria. Por su parte, los habitantes de Astorga le enterraron solemnemente dos meses después del fin de la contienda.

Los 2.500 prisioneros fueron conducidos a Valladolid por dos batallones de la legión irlandesa como etapa inicial de su viaje a Francia². En el curso del traslado, Pablo de la Puente consiguió escapar, a pesar de que fue herido por un dragón de la escolta. Luego, evitando a los enemigos, caminó hasta presentarse en el ejército español. Por sus méritos obtuvo el grado de teniente coronel y fue declarado benemérito a la patria en grado heroico, al igual que el resto de la guarnición³.

² La Guerra de la Independencia. Servicio Histórico Militar. Juan Priego López. Campaña de 1810. Madrid. 1981.

³ Expediente de Pablo de la Puente. Legajo P-2.927. Archivo General Militar de Segovia.